

Homily by Monsignor Michael Hazard

St. Joseph Church, 936 Lake Street, Kalamazoo Michigan 49001

31º domingo del tiempo ordinario

2011-10-30

Los cristianos evangélicos se escandalizan por el uso nuestro del título “padre” que le damos al ser humano apuntado y hasta ungido para ser el jefe de una comunidad cristiana, una parroquia. Esta práctica católica choque de frente con el pasaje del evangelio que acabamos de escuchar.

La verdad es que ya por los casi cuarenta años de ministerio como sacerdote, he reconocido la dificultad que nuestra práctica de “títulos” nos causa—sí, con las iglesias protestantes; pero también en nuestro propio entendimiento de la palabra de Jesús.

Mi respuesta a esta dificultad casi siempre fue sólo que el hombre que aceptaría el título de padre (sea como padre de familia o como padre de la Iglesia)—el hombre que aceptaría este título tuviera que darse a conocer muy bien al Verdadero Padre del Cielo y modelar su comportamiento según el patrón que su Hijo Jesucristo nos reveló. Continúo opinar así.

Pero, al reflexionar la palabra de Jesús, me doy cuenta de que el fin de esta prohibición por cierto es algo más grande que el mal uso de una corta lista de títulos que pueden corresponder a cierta vanidad en el corazón de un hombre. En primer lugar, aunque evitemos del todo los títulos expresados (*padre, rabí, maestro*), surgirán otros diez para tomar su lugar, tales como reverendo, pastor, y el siempre-popular monseñor. La vanidad vive.

Pero aparte, me doy cuenta de que lo que está en juego aquí son las actitudes y los corazones de los hombres, todo un espíritu. Y el espíritu que Jesús desea para su cuerpo de discípulos es un espíritu de gratitud y humildad. Con este espíritu, la persona (sea el líder o miembro Fulano de Tal) toda persona encuentra en la comunidad un lugar donde compartir sus dones, sus talentos, su ser. Con este espíritu de humildad, cada persona ofrece lo suyo sin encontrarse comparándolo con la ofrenda de otra persona.

Y él que, a la mesa del sacrificio de Cristo, actúa en persona de Cristo al ofrecer el sacrificio eterno no necesita promoverse a la vista de los demás. No tiene que pensarse a si mismo persona privilegiada, buscando ventajas y aprovechándose de la bondad de los demás—lo que es peligrosamente fácil.

Mi propia experiencia de los vacíos en mi lista de capacidades me enseña que no debo pensarme de ninguna manera “él que manda” aquí. Y la bondad que me han mostrado los feligreses de la parroquia ya por unos veinte años me da a entender que no son los dones exagerados míos sino los dones súper-exagerados de Dios, la gracia de Dios, que nos inspira a tratarnos unos a otros con respeto, dignidad y amor. Digamos con un espíritu de fraternidad o sea de hermandad.

Y esto porque el Hijo eterno de Dios quiso hacerse uno de nosotros, y desde su lugar como uno de nosotros nos enseñó lo que es de veras el comportamiento de un hermano o una hermana. Jesús, al hacerse nuestro hermano nos enseñó cómo ser hermanos, a saber, sirviendo los unos a los otros, en una comunidad donde todos sirven a los demás según sus capacidades y cada quien en su rol.

Aquí en este altar, celebramos la comunión que existe, por la gracia de Dios, entre Cristo y sus discípulos, y entre los discípulos mismos, los unos con los otros. Y a la

Homily by Monsignor Michael Hazard

St. Joseph Church, 936 Lake Street, Kalamazoo Michigan 49001

vez, Jesús refuerce esta comunión entre nosotros para nuestro bien y el de todo el mundo.